

que obligasen con la espada á que volviesen caras los que les seguían. Colocados entre dos peligros, los fugitivos eligieron el menor; y cediendo ante la dura alternativa, detuviéronse primero, y en seguida volvieron espontáneamente al combate. Emilio, con los dos mil valientes que formaban sus fuerzas, resistió valerosamente al rey, que venía á toda brida detrás de los fugitivos. Atalo, hermano de Eumeno, colocado en el ala derecha, que al primer choque había arrollado la izquierda enemiga, en cuanto vió la izquierda de los romanos en fuga y las inmediaciones del campamento en la mayor confusión, acudió á tiempo con doscientos caballos. Antioco que vió volver al combate á los que acababa de perseguir y que acudían refuerzos desde el campamento y del campo de batalla, volvió bridas y emprendió la fuga á su vez. Vencedores así los romanos en las dos alas, franquearon los montones de cadáveres, hacinados especialmente en el centro, donde el valor del enemigo y el peso de sus armas le habían detenido, y corrieron á saquear el campamento sirio. Los jinetes de Eumeno, seguidos inmediatamente por el resto de la caballería, se lanzaron por la llanura en persecución de los fugitivos, matando á los primeros que pudieron alcanzar. Pero lo más funesto para los sirios fué la confusión de los carros, elefantes, camellos y multitud de fugitivos, que arrollándose aterrados y en desorden unos á otros, quedaban aplastados bajo las pisadas de los animales. En el campamento fué más horrible la matanza que en el campo de batalla. Allí habían buscado refugio los primeros fugitivos, y, esperando los sostuviesen los encargados de custodiarlo, combatieron con furor delante de los parapetos. Viéndose detenidos los romanos á la entrada del campamento y de las empalizadas, que esperaban tomar al primer choque, se vengaron de aquella resistencia haciendo tremen-

da matanza en cuanto consiguieron forzar la entrada.

Dícese que el rey perdió en aquella batalla cerca de cincuenta mil peones y tres mil caballos, cogiéndole mil quinientos hombres y quince elefantes con sus conductores. Los romanos tuvieron muchos heridos, pero sus pérdidas no pasaron de trescientos peones y veinticuatro jinetes; las de Eumeno, veinticinco hombres. Los vencedores saquearon aquel día el campamento enemigo, y regresaron al suyo con inmenso botín. Al siguiente despojaron los muertos y reunieron los prisioneros. Llegaron legados trayendo la sumisión de Thyatira y de Magnesia del Sipilo. Antioco, con débil escolta, pero reuniéndosele en la fuga los restos de su ejército, se retiró á Sardas hacia la media noche con aquel puñado de hombres. Habiendo sabido allí que su hijo Seleuco y algunos amigos marchaban hacia Apamea, á la cuarta vigilia se dirigió á aquel punto con su esposa é hija, dejando á Zenón la custodia de la ciudad y á Timón el mando de la Lidia; pero despreciando la autoridad de éstos, los habitantes y la guarnición, de común acuerdo, enviaron legados al cónsul.

Por este mismo tiempo los enviados de Trales, de Magnesia del Meandro y de Éfeso trajeron la sumisión de estas ciudades. Polixenidas había evacuado Éfeso á la noticia del combate, llevando su flota á Patara, en Lycia; pero temiendo le atacase la escuadra rodiana que se encontraba en Megisto, desembarcó y tomó el camino de Siria con débil destacamento. Entretanto las ciudades del Asia se apresuraban á entregarse á discreción al cónsul, reconociendo la autoridad de Roma. El cónsul se encontraba ya en Sardas; P. Escipión partió de Elea en cuanto se encontró en estado de soportar el viaje y marchó á reunirse con él. Poco después, un emisario de Antioco pidió por medio de P. Escipión y obtuvo permiso del cónsul para que su señor enviase le-

gados; y algunos días después llegaron á Sardas Zeuxis, gobernador de la Lidia, y Antipatro, sobrino del rey. Dirigiéronse primeramente á Eumeno, á quien, por razón de sus antiguas querellas con el rey, creían muy opuesto á la paz, y habiéndole encontrado más propicio de lo que esperaban, hicieron que P. Escipión les presentase al cónsul; obteniendo, ante numerosa asamblea, la audiencia que solicitaban para dar cuenta de sus instrucciones. «No venimos, dijo Zeuxis, á justificarnos, ¡oh romanos!, sino á preguntaros los medios de expiar la falta del rey y conseguir de nuestros vencedores la paz y el perdón. Vuestra magnanimidad ha perdonado siempre á los príncipes y á los pueblos vencidos; ¡cuánto más magnánimos y más clementes debéis mostraros después de una victoria que os hace dueños del mundo! Renunciando en adelante á combatir á los mortales, solamente tenéis que proteger al género humano y velar, como los dioses, por su reposo. Los romanos habían decidido la contestación antes de la llegada de los legados. El Africano habló en estos términos: «Los romanos han recibido de la bondad de los dioses lo que los dioses podían concederles. En cuanto á los sentimientos que dependen de nosotros, siempre han sido y siempre son iguales; la prosperidad no exalta nuestro orgullo, ni la desgracia abate nuestro ánimo. Omitiendo otros ejemplos, solamente os citaré á Anníbal, vuestro amigo, si no pudiese citaros á vosotros mismos. Después de atravesar el Helesponto, antes de ver el campamento del rey y su ejército en batalla, cuando todas las probabilidades permanecían aún iguales é incierto el resultado de la lucha, oímos vuestras proposiciones de paz y fijamos las bases de un tratado de igual á igual; hoy que somos vencedores y vosotros estáis vencidos, nada cambiamos de aquellas condiciones. Renunciad á toda posesión en Europa, abandonad

toda el Asia del lado acá del monte Tauro. Para los gastos de la guerra nos daréis quince mil talentos eubóicos, cinco mil al contado, dos mil quinientos cuando el Senado y el pueblo romano hayan ratificado la paz, y los doce mil restantes en doce plazos anuales. Pagaréis además cuatrocientos talentos á Eumeno, y le entregaréis el resto del trigo debido á su padre. Aceptadas estas condiciones, como garantía de vuestra fidelidad para observarlas nos entregaréis veinte rehenes á nuestra elección; por otra parte, jamás se nos podrá demostrar suficientemente que el pueblo romano puede confiar en la paz allí donde se encuentre Anníbal. Por esta razón os lo pedimos ante todo. También nos entregaréis al etolio Thoas, promovedor de la guerra de Etolia, que á unos y á otros os ha cegado en cuanto á vuestras fuerzas respectivas para armaros contra nosotros, y con él, el acarnanio Mnasiloco y los calcidios Filón y Eubulido; vuestro rey se ha colocado para tratar de la paz en posición muy desfavorable, porque ha tardado mucho en hacerlo. Si vacila aún, que sepa es más difícil hacer bajar á los reyes las primeras gradas del trono, que precipitarlos de las últimas.» Los legados tenían orden de aceptar todas las condiciones; y por tanto, solamente se ocuparon de enviar una legación á Roma. El cónsul estableció sus cuarteles en Magnesia del Meandro, Trales y Éfeso. En este punto recibió pocos días después los rehenes del rey, con los legados encargados de marchar á Roma. Eumeno partió para Roma al mismo tiempo que los legados, á los que siguieron diputaciones de todos los pueblos del Asia.

Mientras ocurrían en el Asia estos acontecimientos, regresaron á Roma casi á la vez de sus provincias dos procónsules con la esperanza de conseguir el triunfo. Q. Minucio venía de la Liguria y M. Acilio de la Etolia. Uno y otro dieron cuenta de sus actos, pero Minucio

sufrió una negativa, mientras que Acilio recibió por unanimidad el honor que solicitaba, triunfando del rey Antioco y de los etolios, haciendo que le precediesen doscientas treinta enseñas, tres mil libras de plata en barras, ciento trece mil tetradacmas áticas, doscientos cuarenta y ocho mil cistóforos (1) y numerosos vasos de plata cincelada de considerable peso. También hizo llevar delante de su carro los adornos de plata del rey y ricos vestidos, cuarenta y cinco coronas de oro, ofrecidas por las ciudades aliadas, despojos de toda clase y treinta y seis prisioneros distinguidos, todos generales etolios y sirios. Damócrito, jefe de los etolios, que consiguió evadirse de su prisión durante la noche y al que persiguieron sus guardas por la orilla del Tiber, se hirió con su espada para no caer de nuevo en sus manos. Solamente faltó detrás del carro del pró-cónsul su ejército; por lo demás, el triunfo fué magnífico, por la pompa del espectáculo y por la importancia de las hazañas de Acilio. Pero turbó la alegría la triste noticia de una derrota experimentada en España. En un combate librado en el territorio de los bastetanos, cerca de la ciudad de Licón, contra los lusitanos, el pró-cónsul L. Emilio había perdido seis mil hombres. Los restos del ejército, dominados por el terror y rechazados á sus parapetos, se defendieron en ellos con mucha dificultad, ganando á marchas forzadas y con toda la precipitación de la derrota el territorio de los aliados. Estas eran las noticias recibidas de España. En la Galia, las colonias de Placencia y de Cremona habían enviado legados, que presentó en el Senado el pretor

(1) Los cistóforos eran monedas del Asia, del peso y valor de la tetradracma, y cuyo cuño representaba á los sacerdotes llevando sobre la cabeza las cestas en que guardaban los objetos misteriosos que servían para los sacrificios de Cibeles, Baco y Ceres.

L. Aurunculeyo. Quejábanse de la miseria de sus colonias, cuyos habitantes habían sido diezmadados por la guerra ó por las enfermedades, ó ahuyentados por la peligrosa vecindad de los galos. El Senado decretó que se rogaria al cónsul C. Lelio que alistase seis mil familias para distribuir las en aquellas colonias, y que el pretor L. Aurunculeyo nombrase triunviros encargados del establecimiento de los nuevos colonos. Estos triunviros fueron M. Atilio Serrano, L. Valerio Flaco, hijo de Publio, y Valerio Tappo, hijo de Cayo. La proximidad de la época de los comicios hizo venir de la Galia poco después al cónsul C. Lelio. En virtud del senatus-consulto que se dió en su ausencia, alistó los colonos destinados á repoblar Placencia y Cremona; propuso además la formación de otras dos colonias en el territorio que había pertenecido á los boyos, y el Senado aprobó la proposición. Por este mismo tiempo llegaron las cartas de L. Emilio que anunciaban la victoria alcanzada en las alturas de Mioneso y el paso del cónsul L. Escipión con su ejército al Asia. Decretóse un día de acciones de gracias en honor de aquella victoria y otro en celebración del primer campamento construido por un ejército romano en Asia, con objeto de conseguir buen resultado en aquella empresa. El cónsul recibió orden de inmolar veinte víctimas mayores en cada una de aquellas ceremonias. En seguida celebró los comicios consulares, que se distinguieron por vivos debates. M. Emilio Lépedo, uno de los candidatos, había suscitado contra él desagradables prevenciones, por haber abandonado su provincia de Sicilia, sin consentimiento ni permiso del Senado. Competían con él M. Fulvio Nobilior, Cn. Manlio y M. Valerio Mesala; resultando nombrado solamente Fulvio por no haber obtenido votos los otros; á la mañana siguiente tomó por colega á Cn. Manlio, excluyendo á Lépedo, que fue

desechado, y á Mesala, que se retiró. En seguida crearon pretores á Q. Fabio Labio, Q. Fabio Pictor, que aquel mismo año había sido nombrado sacerdote de Quirino; M. Sempronio Tuditano, Sp. Postumio Albino, L. Plaucio Hypseo y Bebio Dives.

Siendo cónsules Fulvio Nobilior y Cn. Manlio Vulso, divulgóse en Roma, si ha de creerse á Valerio Ancias, una noticia que produjo mucho ruido y que casi se consideró como cierta. Decíase que Antioco había atraído á una entrevista al cónsul y á su hermano, so pretexto de entregarles al joven Escipión, y que se había apoderado de ellos; que inmediatamente después de la captura había marchado al campamento romano, lo había tomado por asalto y había destruído por completo el ejército; que al tener noticia del suceso, los etolios se habían levantado y rechazado las cláusulas del tratado; que sus jefes habían marchado á Macedonia, Dardania y Tracia para alistar mercenarios; que el propretor A. Cornelio había enviado de la Etolia á Roma á A. Terencio Varrón y M. Claudio Lépedo para que llevasen tan tristes noticias. Añade el mismo historiador que, entre otras cosas, preguntó el Senado á los legados etolios de quién habían recibido la noticia de la prisión de los generales romanos en Asia por el rey Antioco y de la destrucción del ejército, y que «declararon haberles informado sus propios emisarios que habían visto al cónsul.» No habiendo repetido este relato ningún otro historiador, ni lo doy como cierto, ni lo rechazo como falso.

Los legados etolios recibieron entonces audiencia del Senado. Su posición y desgracias les imponían la necesidad de procurar, con honrosa confesión, el perdón de su falta y de sus errores. Todo lo contrario; hablaron primeramente de sus servicios al pueblo romano, y casi se atribuyeron el éxito de la guerra contra Filipo, ofen-

diendo á los senadores con su arrogante lenguaje; la poca oportunidad con que citaban hechos antiguos y casi olvidados, no tuvo otro resultado que avivar los recuerdos de sus ofensas, mucho más numerosas que sus servicios; y, cuando necesitaban inspirar compasión, solamente supieron excitar cólera y odio. Un senador les preguntó si se entregaban á merced del pueblo romano; otro si se comprometían á no tener otros amigos ni enemigos que los del pueblo romano; y como guardaron silencio, se les mandó salir de la curia. Entonces todos los senadores exclamaron á una voz: «que los etolios eran aún adictos á Antioco y fijaban todas sus esperanzas en aquel príncipe; que con aquellos obstinados enemigos no podía decidirse otra cosa que la guerra, y que era indispensable acabar de someter aquellos caracteres indomables.» Otro motivo vino á aumentar el enojo de los romanos: en el mismo momento en que los etolios pedían la paz, atacaban la Dolopia y la Athamania. A propuesta de M. Acilio, el vencedor de Antioco y de los etolios, un senatus-consulta mandó á los legados salir de Roma aquel mismo día y de Italia en el plazo de quince días. A. Terencio Varrón quedó encargado de escoltarlos, y se les advirtió que, en lo sucesivo, toda legación etolia que se presentase en Roma sin venir autorizada por el general que tuviese el mando de Grecia, y sin que la acompañase alguno de sus legados, sería tratada como enemiga. De esta manera despidieron á los etolios.

Ocupáronse en seguida los cónsules de la repartición de las provincias, habiéndose decidido que sortearían la Etolia y el Asia. El que obtuviese el Asia mandaría el ejército de L. Escipión, añadiéndole cuatro mil hombres de infantería romana, doscientos caballos y ocho mil hombres de infantería latina, con cuatrocientos caballos, y con estas fuerzas continuaría la guerra contra Antioco.

El otro cónsul mandaría el ejército de Etolia, autorizándosele para que le uniese un número de ciudadanos y de aliados igual al que se concedía á su colega. El mismo cónsul tenía orden de armar las naves construidas anteriormente y llevarlas consigo; porque su misión era, no solamente atacar la Etolia, sino presentarse también en la isla de Cefalonia. Debía además, si el interés de la república lo permitía, volver á Roma para los comicios. Además de la elección de los magistrados anuales, habíase decidido nombrar también censores. Si algún obstáculo detenía al cónsul, debía poner en conocimiento del Senado que no podría estar de regreso para la época de los comicios. Obtuvo la Etolia M. Fulvio y el Asia Cn. Manlio. Los pretores procedieron en seguida á la repartición de sus provincias, obteniendo Sp. Postumio la jurisdicción urbana y de los extranjeros; M. Sempronio Tuditano, la Sicilia; Q. Fabio Labeon, el mando de la flota; L. Plaucio Hipseo, la España citerior, y L. Bebio Dives, la España ulterior. Designóse al nuevo pretor de Sicilia una legión y la flota que se encontraba en su provincia, y había de tomar de los sicilianos dos diezmos de trigo, uno para el Asia y otro para la Etolia. El pretor de Cerdeña recibió orden de cobrar igual impuesto á su provincia y de enviarlo también á los ejércitos del Asia y de la Etolia. L. Bebio llevó á España un refuerzo de mil infantes y cincuenta jinetes romanos, á más seis mil peones latinos y doscientos caballos; además de estos refuerzos cada una de las dos Españas debía tener una legión. Entre los magistrados del año anterior, prorrogóse por un año á C. Lelio el mando de su provincia, así como también á P. Junio en la propretura de la Etruria, con el ejército que se encontraba en su provincia, y á M. Tuccio en la propretura del Brucio y de la Apulia. Antes de la marcha de los pretores para sus provin-

cias, suscitóse entre el pontífice máximo P. Licinio y Q. Fabio Pictor, flamin quirinal, una discusión igual á la que medió en otro tiempo entre L. Metelo y Postumio. Este último era cónsul y se disponía á pasar á Sicilia con su colega C. Lutacio para ponerse al frente de la flota, cuando el pontífice máximo Metelo le retuvo para las ceremonias religiosas. P. Licinio detuvo también la marcha del pretor Fabio para la Cerdeña. El asunto se debatió con viveza en el Senado y delante del pueblo; hubo conflicto de autoridades, cauciones presentadas, multas impuestas, apelación á los tribunales, recursos dirigidos al pueblo. Al fin triunfó la religión (1) y el flamin tuvo que obedecer al pontífice; entonces se perdonaron las multas por orden del pueblo. El pretor, disgustado por haber perdido su provincia, quiso renunciar sus funciones, pero cedió á las instancias de los senadores, que le asignaron la jurisdicción de los extranjeros. Pocos días bastaron en seguida para hacer las levadas, que no eran muy considerables; hecho lo cual, los cónsules y los pretores marcharon á sus provincias. Entonces fué cuando corrieron aquellos rumores sin fundamento relativamente á la campaña del Asia; pocos días después se recibieron en Roma noticias positivas y cartas del general, que hicieron suceder la alegría á aquel reciente temor, desmentido ya además por la derrota de Antioco en Eolia. Aquellos datos desterraron de los ánimos los siniestros presentimientos que habían inspirado al principio de la guerra el formidable poder de Antioco y la cooperación de Anníbal, encargado de dirigir las hostilidades. Sin embargo, no se cambió el destino del cónsul en-

(1) Los flamines llamados mayores, elegidos solamente entre los patricios, no podían ausentarse de Roma. El flamin Dial, como ya se ha dicho, ni siquiera podía pasar una noche fuera de la ciudad.

viado al Asia, ni se creyó conveniente disminuir su ejército, por el temor de tener que combatir á los galogrecos.

Poco después, M. Aurelio Cotta, legado de La Escipión, llegó á Roma con los legados de Antioco, Eumeno y los rodios. Cotta relató primeramente en el Senado y después ante el pueblo, por orden de los senadores, los detalles de la campaña de Asia. Decretáronse tres días de acciones de gracias y un sacrificio de cuarenta víctimas mayores. El primero que obtuvo audiencia del Senado fué Eumeno, quien dió gracias en breves palabras á los senadores por haberle libertado, lo mismo que á su hermano, de un sitio y haber puesto sus estados á cubierto de los ataques de Antioco. En seguida felicitó al pueblo romano por haber obtenido victorias por mar y por tierra, haber derrotado y puesto en fuga al rey Antioco, haberle despojado de su campamento y arrojado primeramente de Europa y después de toda el Asia del lado acá del monte Tauro: «en cuanto á sus propios servicios, prefería que el Senado se enterase de ellos por boca de sus mismos generales ó de sus legados que por la suya.» Todos aprobaron estas palabras y le rogaron que él mismo dijese, prescindiendo de modestias, lo que creía tener derecho á esperar de la gratitud del Senado y pueblo romano; asegurándole que, en caso necesario, se le recompensarían sus servicios en más aún de lo que él los apreciase. A esta benévola seguridad contestó el rey que «si otros que los romanos le déjasen la elección de recompensa, se apresuraría á consultar al Senado romano y á seguir el consejo de aquella augusta asamblea, con objeto de que no se le pudiese acusar de salir de los límites de la moderación en sus deseos, ni de ser inmodesto en sus pretensiones; pero que habiendo de proceder el don del Senado, el mismo Senado debía ser el único árbitro de

su munificencia para con él y sus hermanos» (1). Estas razones no cambiaron la determinación de los Padres conscriptos, y le instaron de nuevo para que él mismo pidiése; y al fin, después de una lucha de instancias y modestia, en la que se cedían la decisión unos á otros con una complacencia que parecía interminable, Eumeno salió de la curia. El Senado persistió en su opinión, diciendo «que era imposible hubiese venido el rey á Roma sin saber lo que quería y lo que había de pedir. Mejor que nadie comprendía lo que era conveniente á su reino, conociendo el Asia mucho mejor que el Senado. Necesario era, pues, llamarle y obligarle á que expusiese lo que deseaba y esperaba.»

El cónsul volvió á introducir al rey y se le concedió la palabra. «Padres conscriptos, dijo, habría perseverado en mi silencio, si no supiese que muy pronto va á presentarse ante vosotros la legación de los rodios, y después de su discurso, me vería obligado á hablar. La explicación será tanto más difícil, cuanto que sus peticiones no parecerán en manera alguna dirigidas contra mí, ni afectan en lo más mínimo á mis intereses. Van en efecto á defender la causa de las ciudades griegas y á decirnos que deben recibir la libertad. Obtenido este punto, ¿quién duda que consigan sustraerme, no solamente aquellas ciudades cuya libertad se haya proclamado, sino que también las que desde mucho tiempo están sometidas á mi autoridad, mientras que ellos mismos se aprovecharán de tan inmenso servicio para mantenerlas á todas, bajo el espacioso pretexto de aliadas, en verdadera dependencia y servidumbre? Y mientras dan rienda suelta á esta desmesurada ambición, se presentarán, ¡oh dioses!, como completamente desinteresados; dirán que es una determinación digna del pueblo romano; pero que habiendo de proceder el don del Senado»

(1) Los hermanos de Eumeno eran Atalo y Ateneo.

blo romano, una consecuencia del pasado. Tendréis, por consiguiente, que preveniros contra este artificioso lenguaje; no querréis establecer entre vuestros aliados ofensiva desigualdad, rebajando á unos para levantar excesivamente á otros; no querréis que los que empuñaron las armas contra vosotros resulten mejor tratados que vuestros aliados y amigos. En cualquiera otra circunstancia hubiese preferido perder algo de mis derechos á mostrar demasiada obstinación en defenderlos; pero cuando se trata de disputar vuestra amistad, el honor de haberos servido y las distinciones concedidas por vuestra gratitud, no puedo resignarme á ceder la victoria. Esta es la herencia más preciosa que me dejó mi padre, aquel príncipe que fué el primero de todos los habitantes de la Grecia y del Asia; que se honró con vuestra amistad, y que, con su fidelidad constante é inquebrantable, supo conservarla hasta el último día de su vida. Porque no se limitó á seros fiel y adicto, sino que tomó parte en todas las guerras que habéis sostenido en Grecia, tanto en tierra como en el mar; mostró celo sin igual entre todos vuestros aliados para suministraros toda clase de provisiones, y exhortando estaba á los beocios para que abrazasen vuestra alianza cuando perdió el conocimiento en medio de su oración, dejando de existir á los pocos momentos. Yo he seguido sus huellas; no he podido mostraros más celo, ni más adhesión que él, porque su cariño hacia vosotros no tenía límites. Si mis servicios han sido más eficaces, si mis sacrificios han sido más grandes, es porque la fortuna, las circunstancias, Antioco, la guerra del Asia han sido para mí ocasiones favorables. Antioco, soberano del Asia y de parte de Europa, dábame su hija por esposa; me devolvía en el acto las ciudades que se habían sustraído á mi obediencia, y me hacía esperar para lo venidero considerables aumentos de poder, si

quería unirme con él para hacerós la guerra: no alegraré mi fidelidad como mérito; prefiero recordar títulos dignos de esta antigua amistad que uné á mi familia con la república. Más que ningún aliado vuestro, sin excepción, he puesto ejércitos y flotas á disposición de vuestros generales; les he suministrado víveres por tierra y mar; he asistido á todos vuestros combates navales, y ha habido muchos; no he retrocedido ante ninguna fatiga, ante ningún peligro personal. He sufrido la más cruel de todas las calamidades de la guerra cuando me encontré sitiado en Pérgamo y amenazado con perder el trono y al mismo tiempo la vida. Apenas libre de este sitio, dejé á Antioco á un lado, al otro á Seleuco, acampando bajo las murallas de mi capital, y, sordo á las voces de mis intereses particulares, marché con toda mi flota al Helesponto para reunirme con vuestro cónsul L. Escipión, para ayudarle á hacer pasar su ejército al Asia. Desde el momento en que vuestros soldados pisaron el continente, no me separé del cónsul un solo instante. Ningún soldado romano ha sido más asiduo en el campamento que mis hermanos y yo. No ha habido expedición, ni se ha librado combate de caballería en que no me haya encontrado. En el campo de batalla he permanecido en el puesto que me designaba el cónsul. No exclamaré, Padres conscriptos, ¿quién puede comparar en esta guerra sus servicios con los míos? No; pero me atreveré á colocarme al lado de los pueblos y de los reyes á quienes más honráis. Masinissa fué enemigo vuestro antes de convertirse en aliado; no acudió en todo el esplendor de su poder á ofreceros socorros; después de destronado y próscrito, después de perder todas sus fuerzas, fué á buscar asilo en vuestro campamento con corto número de jinetes. Sin embargo, como premio del celo y fidelidad con que os sirvió en África contra Sifax y los cartagineses, no solamente le resta-

blecisteis en el trono de sus padres, sino que aumentasteis su reino con la parte más rica de los estados de Sifax, haciéndole el más poderoso de los reyes de África. ¿Qué recompensa, qué honor mereceremos nosotros que jamás hemos sido enemigos vuestros? Fieles siempre á vuestra alianza mi padre, mis hermanos y yo, hemos combatido por vosotros por mar y tierra; en Asia como lejos de nuestros hogares, en el Poloponeso, en Boecia, en Etolia; contra Filipo, contra Antioco, contra los etolios. Preguntaráseme ¿qué pretendes? Padres conscriptos, puesto que queréis absolutamente que lo diga, debo obedeceros. Si al arrojar á Antioco al otro lado del monte Tauro, os proponéis ocupar vosotros aquellas tierras, ninguna vecindad puede serme más agradable que la vuestra, ninguna fortaleza podría defender mejor y preservar mis estados. Pero si habéis decidido abandonar aquellas comarcas y retirar vuestros soldados, me atrevo á decir: nadie merece mejor que yo entrar en posesión de vuestras conquistas. Pero se me dirá: es muy hermoso libertar ciudades esclavas. Indudablemente, así opino yo también, en el caso de que esas ciudades no hayan realizado contra vosotros ningún acto hostil. Pero si abrazaron el partido de Antioco, ¿no es mucho más digno de vuestra prudencia y de vuestra justicia favorecer aliados fieles que enemigos?»

El discurso del rey agradó á los Padres, que parecían muy dispuestos á tratarle con munificencia. Como no estaban presentes todos los legados de Rodas, se recibió á los de Smirna, cuya audiencia no fué larga. Elogiáseles mucho por haberse resignado á sufrirlo todo antes que rendirse al rey, y en seguida se hizo entrar á los rodios, cuyo jefe, después de recordar el origen de su alianza con el pueblo romano y los servicios que le prestaron primeramente en la guerra contra Filipo y después en la sostenida contra Antioco, continuó de

esta manera: «Padres conscriptos, si hay en nuestra misión algo enojoso y aflictivo contra nosotros, es tener que discutir con Eumeno, único rey con quien está unida nuestra república por los lazos de la hospitalidad particular, y por los más sagrados aún de la hospitalidad pública. Pero no nos dividen hoy nuestros sentimientos, Padres conscriptos, sino otra cosa mucho más grave: la diferencia de nuestras instituciones. Libres nosotros, pedimos libertad para los demás; los reyes quieren avasallar todo y someterlo á su despotismo. Sea como quiera, nuestro apuro procede de las consideraciones que debemos á Eumeno, y no de la naturaleza misma del asunto, cuya discusión no nos ofrece más dificultades que tendrá para vosotros la decisión. En efecto, si para recompensar á un príncipe aliado y amigo vuestro, para reconocer sus servicios en esta misma guerra, cuyas utilidades se trata de repartir, no tuvieseis otro medio que el de sacrificarle la libertad de muchas ciudades, podríais vacilar y temer privar á un rey, amigo vuestro, del testimonio de vuestra gratitud, ó separaros de vuestros principios y empañar con la esclavitud de tantas ciudades la gloria que habéis conquistado combatiendo á Filipo; pero la fortuna os libra de esta triste alternativa. Por la benignidad de los dioses, vuestra conquista es tan rica como gloriosa y os pone en disposición de pagar fácilmente vuestra deuda. En vuestro poder están la Lycaonia, las dos Frigias, toda la Pisidia, el Quersoneso y las regiones de Europa que le rodean. Cualquiera de estas comarcas añadida á los estados de Eumeno puede casi duplicar su reino; puestas todas en su poder, le colocaría al nivel de los monarcas más poderosos. Podéis, pues, enriquecer á vuestros aliados con el fruto de vuestras victorias, sin separaros de vuestros principios, sin olvidar los compromisos que habéis contraído atacando á Filipo y An-